

era excelente, las notas exactas y que yo no entendía de música. Entonces empezábamos una discusión que no acababa nunca, para probarnos mutuamente las excelencias de nuestro oído y de nuestro instinto musical. Al final se echaba á reír, me abrazaba y juraba quemar el piano, causa de nuestras terribles discordias; y después le perdonábamos la vida en atención á sus muchos servicios, su edad, y sobre todo sus achaques.

Apenas el sol se ocultaba nos preparábamos á dar el paseo de la tarde. A ruego mío, Marta, á quien podría hacer daño la frescura de la tarde, se envolvía en un chal. Era su chal de soltera, sencillo y bonito á la vez, que le había regalado su padre tres años antes, y que era el que precipitadamente había echado sobre sus hombros al escaparse de su casa. No tenía más recuerdo que ese del hogar paterno; por eso tenía un cuidado extremo de aquel chal; le doblaba así que entraba en casa y no se le ponía cuando amenazaba llover.

Un día, al volver de un paseo imprudente á través del bosque, sorprendió en él un gran desgarrón; la vi contemplar tristemente aquella avería, y no creyendo que yo la oía exclamó:—¡Pobre chal! también tú has perdido tu antiguo esplendor; ya, lo mismo que yo, no tendrás derecho al respeto de nadie.

No di entonces importancia á aquellas palabras que hubieran debido indicarme algún oculto sufrimiento de Marta. Desde hacía poco tiempo la más ligera causa la llevaba á recordar el pasado; es verdad que entonces

cualquier cosa también la hacía de nuevo no pensar más que en su amor y en la alegría de verse amada, y la sonrisa renacía en sus labios tan prontamente como había desaparecido.

Nuestros paseos por la tarde los dábamos por los bosques de los alrededores, siguiendo con preferencia las calles de árboles más desiertas y las sendas más estrechas, no teniendo otros deseos que marchar uno delante del otro, respirar los perfumes que esparcen en la atmósfera las encinas y los avellanos en flor, y ver los gusanos de luz relucir entre la yerba y las estrellas en el cielo. Entonces era llegado el momento de nuestras más tiernas confidencias. Marta inclinaba su cabeza en mi hombro, y sus labios me repetían, muy bajito, las preciosas revelaciones que sus ojos me habían hecho mil veces en todo el día.

VIII

El otoño sucedió al estío; un viento frío penetraba á veces por nuestras puertas y ventanas mal unidas. Habíamos querido encender fuego en la chimenea del salón, pero poco acostumbrada, sin duda, á ese uso, nos había llenado de humo para castigarnos por haberlo desconocido. Estos pequeños reveses

no habían hecho daño alguno á nuestra alegría, y no me acuerdo de que nunca hayamos pensado que en París el aire es menos intenso y que las chimeneas son mejores. Aujnay, donde habíamos sido tan felices, nos parecía una parte integrante de nuestro amor, y hubiese sido un crimen para nuestro reposo pensar en abandonarle.

Sentíamos, sin embargo, que faltaba algo al bienestar material de que habíamos estado rodeados, y empezamos á desear ya los bienes del prójimo. El objeto de estas codiciosas miras era una casa separada de la nuestra por el muro que dividía los jardines de ambas. Tenía piso bajo y principal; sus ventanas daban al Mediodía, y se hallaba resguardada del viento Norte por una hilera de árboles frondosos, elevándose resplandeciente de blancura y de luz, enfrente de nuestro modesto albergue, hecho á la ligera para ser alquilado durante tres meses del año tan sólo á algún fugitivo parisién.

Viendo acercarse el invierno, nos permitíamos desear la posesión de la lindante casa sin hacer daño á nadie, porque había estado sin habitar todo el tiempo que estábamos en Aujnay. Preguntando á las gentes del pueblo á quién pertenecía y si podría alquilarse en un precio arreglado, para el tiempo en que estábamos ya, supimos que acababa de ser vendida á unos recién casados, que tenían intención de vivir en ella en la bellísima estación del otoño. Fué preciso resignarse, y no nos fué muy difícil, porque reapareció el calor

como por encanto, cual ocurre muchas veces al principiar el invierno; parecía que estábamos en pleno estío á no ser por la frialdad de las noches y el tinte amarillento de las hojas.

Habíamos vuelto á emprender nuestra buena vida de antes, cuando una mañana, al volver de nuestro paseo acostumbrado, vimos pararse un coche de camino delante de la casa de que hablaba.

—Nuestros vecinos han llegado—dije á Marta.—En efecto—replicó alzando la vista;—sus ventanas están abiertas; han tardado mucho en decidirse, pero al fin han venido; apuesto á que es un matrimonio viejo.

—¿Por qué?

—Por la forma del coche.

—Pues yo creo, por el contrario, que son jóvenes.

—¿Apostamos algo?

—Lo que quieras.

—Ya me debes cuatro.

—Pues vayan las cuatro y quedaré en paz ó te doblo.

—¡Sea! Si la mujer tiene más de treinta años, ganas tú.

—Convenido; vayamos á saberlo cuanto antes.

—¿Desde dónde los veremos mejor?

—Desde el montecillo que hay en el fondo de nuestro jardín, dominamos todo el suyo. Indudablemente se estarán paseando por él ahora mismo, para reconocer su nueva propiedad; vamos, que tengo prisa por ganarte la apuesta.

—Sí, la apuesta tuya no es más que un pretexto para satisfacer tu curiosidad á todo tu placer, y yo he caído en el lazo—la dije sonriéndome.

—¡Sí, sí! ¡Y tú me dices eso porque temes perder, tramposo!—Y me llevó tras de sí.

Como lo había previsto Marta, no tardamos en ver á nuestros nuevos vecinos. Ella se paseaba sola por una calle de árboles; pero unos arbustos colocados entre ella y nosotros, la ocultaban á medias, no dejándonos ver la cara.

—Tiene aire de ser joven—dije,—doblo la apuesta.

—Los talles engañan muchas veces; acepto. Un poco de paciencia y sabremos bien pronto quién gana.

De repente, Marta dió un grito, y antes de pensar yo siquiera en detenerla, baja corriendo del montecillo donde nos habíamos subido, abre una puerta mal cerrada, penetra en el jardín de nuestros vecinos y corre al encuentro de la joven que por él se paseaba.

—Marta, ¿tú en Aulnay?

—¡Juana! ¿tú aquí?—dijeron al mismo tiempo las dos jóvenes, confundiéndose en un estrecho abrazo.

Al momento comprendí el peligro que la acción irreflexiva de Marta podía ocasionarnos. Había hallado una amiga en la que creíamos una extraña, y no escuchando más que á su corazón, se había lanzado á su encuentro; pero después de los primeros transportes de alegría, cuando llegase el instante de las pre-

guntas y las confidencias, ¿qué iba á decirle? ¿qué la contestaría? Ella no había previsto tal obstáculo, que comprendí habría de proporcionarla crueles sufrimientos. Yo no podía auxiliarla en nada: si ella inventaba alguna fábula para explicar su permanencia en Aulnay, mi presencia la estorbaba; era hasta necesario que no me viese su amiga, y me marché del jardín.

Una tristeza repentina, la primera que había experimentado desde que principiaron nuestros amores, se apoderó de mí; me pareció que mi felicidad había concluido.

Marta volvió al cuarto de hora; en cuanto me divisó á lo lejos corrió á mi encuentro, y se arrojó toda asustada en mis brazos.

—No podemos permanecer aquí más tiempo; vámonos, pero pronto; van á venir al momento á visitarnos.

—¿Cómo?

—Sí; Juana y su marido estarán dentro de un instante en nuestra casa, ¿comprendes?

—¡Marta!—reliqué con cierto tono de reproche, que no fui dueño de evitar;—¡has turbado con tu imprudencia nuestra dichosa vida!

—¡Perdón!—exclamó llorando;—conozco mi falta; pero cuando he visto á Juana, mi mejor amiga, lo he olvidado todo, he creído ser la Marta de otras veces, sin reflexionar la distancia que de ella me separa ahora.

—¿Y sabe ya?...—la pregunté.

—No, todo lo ignora; hace cinco meses que salió de París; me he visto obligada á mentir y á engañarla.

—Pues, ¿qué ha pasado?

—No puedo decírtelo; te afligiría, no comprenderías mi pena y mi vergüenza. Soy una loca, una ingrata; nos amamos, y todo lo que no fuese nuestro amor debiera serme indiferente.

—No, Marta, dímelo todo; es indispensable para que podamos tomar nuestras medidas.

—¡Bueno! voy á tratar de hacerlo, porque necesito desahogar mi corazón. Juana me ha dado cuenta de su reciente matrimonio; me ha hablado de su padre que la daba orgullosamente el brazo al entrar en la iglesia; de su madre, que lloró al separarse de ella, y la prometió escribirla todos los días. Estos detalles me han hecho mucho daño; tú lo comprendes, ¿no es cierto? y me perdonarás.

Cogí la mano de mi pobre Marta y la apreté entre las mías.

Y continuo así:

—Juana se paró en su narración y me dió sus excusas por haber empezado á hablar de sí misma; me preguntó si vivía en Aulnay con mi tía ó con mi madre. Comprendí mi imprudencia, me puse colorada y me sentí turbada, y echándose á reír me dijo:—¡Ah! lo adivino, tanto he hablado de mí, que no te he dado tiempo para contarme tus secretos, ¿te has casado también y vivís aquí?—No he tenido valor para decirla que sí, pero tampoco la he dicho que no, y ha creído que sus sospechas eran ciertas. Entonces me ha atormentado con mil preguntas.—¿Es joven? ¿Es rico? ¿Qué ocupación tiene? ¿Es aquel chico que bailaba

tanto contigo el invierno pasado? No me dices nada, es él, lo he adivinado.—Y en efecto, no decía nada ni tenía valor para hablar. Por más que Juana tanto me preguntaba, que no me daba ocasión de hacerlo: ¡Qué suplicio tan atroz! Felizmente vino su marido á reunirse con ella; Juana me presentó á él, me saludó, y yo he bajado los ojos y he debido parecerle bastante tonta, siendo una mujer casada. Me han invitado á entrar en su casa, y he tenido la suficiente presencia de espíritu para contestarles que me estaban esperando.—Bueno, no insistimos—dijo Juana riendo;—no nos querría nuestro vecino si te detuviésemos, y sería una desgracia indisponerle con nosotros. Hasta ahora; mi marido y yo iremos á veros hoy mismo.

Se marcharon, y apenas tuve fuerzas para volver á entrar en casa.

—No hay que vacilar—continuó diciendo;—es preciso que no nos encuentren aquí cuando vengan; en Aulnay no puede uno negarse á recibir visitas como en París. Ya comprendes cuán doloroso sería para mí mentir delante de tí, porque no restablecer la verdad cuando una palabra basta para hacerlo, es mentir, y tú mismo, ¿en qué falsa posición no te hallarías con respecto al marido de Juana?

—Tienes razón—dije, después de reflexionar algunos instantes,—marchemos de aquí; ya veremos cómo podemos continuar siendo dichosos.

—¡Cómo! ¿Qué dices?—exclamó.—¿Dudas de nuestra dicha en el porvenir?

Guardé silencio; no debía hacerla partícipe de mis tristes presentimientos.

Una hora más tarde dejábamos á Aulnay; la campesina que nos servía de criada, quedó encargada de decir á la amiga de Marta, cuando viniese, que un negocio imprevisto nos había hecho salir precipitadamente para París.

En el momento de partir, no viendo á Marta á mi lado, la busqué por la casa y abrí su cuarto. La hallé arrodillada y llorando. Así que me vió, se levantó.

—Acabo de dar gracias á Dios—me dijo,—por la felicidad que he disfrutado en esta casa, y le he pedido que continúe otorgándonosla. Mi amor á tí es tan verdadero, que acaso merezca me sean perdonadas mis faltas.

En la primera revuelta del camino, echamos la última mirada á nuestra preciosa casita; la mujer que nos había servido durante nuestra estancia, de pie, delante de la puerta, nos seguía tristemente con la vista, y Juana V..., fiel á su promesa, orgullosamente apoyada en el brazo de su marido, se dirigía hacia la morada que nosotros abandonábamos por culpa suya.

IX

Al entrar en mi casa, en París, encontré una esquila del amigo que había estado

á instancias mías á ver á la madre de Marta; ignoraba el lugar de mi retiro, y no había podido dirigirme su carta, por lo que me rogaba que fuese á verle así que llegase. Como lo había previsto, nuestras inquietudes iban á dar principio, y no había ya posibilidad de sustraerse á ellas.

Lo que tenía que contarme era: que gracias al tiempo y á la ausencia, la ira de la señora T... contra su hija se había aplacado; la extrañaba no oír hablar nada de Marta, y escribió á su hermana para tener noticias de ella. Esta estaba viajando, y tardó en responder que no había visto á su sobrina hacia largo tiempo, y que no comprendía ni una palabra de lo que la decía. La inquietud de la señora T... fué inmensa; después de diversas pesquisas, sin resultado, resolvió dirigirse á la policía, y felizmente encargó á mi amigo que la ayudase. Este, para tranquilizarla al menos sobre la existencia de su hija, y para evitar que se tomase graves medidas, se creyó en el deber de darla cuenta de lo que él sabía acerca de mis relaciones con ella. Deploró con su madre esta mancha en el honor de Marta, pero la aconsejó guardar silencio y esperar nuestra llegada, no dudando que yo devolvería á Marta, por medio del matrimonio, el sitio que debía ocupar en la sociedad.

Le respondí que no se había engañado al suponerme la intención de casarme con Marta; pero que sin fortuna los dos me parecía necesario obtener de mi tío el consentimiento

de nuestro matrimonio; que emprendería su conversión y esperaba conseguirlo pronto. Autoricé á mi amigo para que repitiese mis palabras á la señora T... á fin de que estuviese tranquila sobre el porvenir de su hija. Le rogué también que ocultase nuestra llegada á París para que no produjese ruido.

Mientras, anticipándome al porvenir, trataba de hacerle que fuese lo mejor posible. Marta, á quien por un sentimiento de delicadeza no quería hablar de mis proyectos, cayó en una especie de postración moral muy alarmante. La pobre niña se había exagerado sus propias fuerzas al creer que podría romper con la vida honrada en que había sido educada, y reemplazar por el cariño de uno solo, la dicha de sentirse amada y respetada por todo el mundo. En Aulnay, donde siempre estaba yo á su lado, pude desterrar de su espíritu, por medio de la distracción, todo pensamiento extraño á nuestros amores, é impedir que los recuerdos del pasado contrariasen nuestra felicidad. Pero en París los pasos que tenía que dar en nuestro interés mútuo, me obligaban á dejarla sola muchas veces, pudiendo reflexionar á solas con toda libertad.

¿Echaba de menos la inocencia de sus primeros años, las caricias de su madre, hasta los disgustos de que había huido? ¡Quién lo sabe! ¿La vista de su amiga de la infancia, de Juana, casada y dichosa, la había impresionado y envidiaba parecida suerte? ¿O tal vez, recordando que no la separaban de su madre más que unos cuantos pasos, sentía el imperio-

so deseo de abrazarla? Acaso la melancolía de Marta participase de todas esas causas á la vez, é incapaz de adivinarlas sufría doblemente como el enfermo que ignora dónde tiene el mal que mina su existencia. Cualesquiera que fuesen, había perdido la infantil alegría de otras veces; yo la veía palidecer y adelgazar. La preguntaba y me respondía que era dichosa y que nunca había estado mejor. Insistía, y por miedo á ser comprendida juraba que no deseaba nada, que no echaba nada de menos y achacaba su estado á dolores de cabeza que siempre había padecido.

Quise vencer aquel malestar y la hice que me acompañase varias veces al teatro. Estas diversiones, no impotentes para distraerla, fueron en más de una ocasión causa de disgusto para ella. Temía á cada paso ser conocida; cuando cualquier espectador volvía la cabeza hacia nosotros, se ocultaba precipitadamente en el rincón más obscuro del palco. Llegó á ocurrir encontrarse al pasar por uno de los pasillos, con algunos jóvenes que conocía en las reuniones donde iba antes; y á pesar de ir oculta bajo un espeso velo, bajo el cual era imposible ser conocida, se apretaba convulsivamente contra mí.

Estos temores la llevaban á recordar la época en que, sentada al lado de su madre en la primera fila de un palco por asientos, paseaba sus miradas por toda la sala y saludaba á sus amigas con una sonrisa. Hay mujeres que podrán cometer una falta, pero no se habitúan nunca á la equívoca posición que

es consecuencia inevitable de ella. Comprendí el sufrimiento de aquella pobre alma herida, y no exigí más que Marta saliese de casa.

Una mañana, sin embargo, seducidos los dos por la hermosura de un espléndido sol de invierno, resolvimos ir á ver nuestra casita de Aulnay que habíamos tenido tan bruscamente que abandonar. Juana y su marido no debían estar ya allí, y no podíamos temer encontrar á nadie conocido en esta época del año.

El día que pasamos fué delicioso; el frío y la agitación producida por la marcha devolvieron al hermoso semblante de Marta los brillantes colores que había perdido. La sorprendí riendo como otras veces; volvía á ser la niña de antes, y olvidando el presente, no vivía ya más que en el pasado. Dimos la vuelta al pueblo, volvimos á ver nuestra casita, nuestros copudos árboles, y recorrimos con placer nuestros paseos favoritos; cada paso nos traía á la memoria un recuerdo feliz y seguimos adelante para no dejar á las penas tiempo de que sucediesen á nuestros recuerdos.

Un día que tan bien había empezado debería haber concluído lo mismo; pero no fué así. No pudimos tomar el coche que nos había llevado á Aulnay, y nos fué preciso tomar, para volvernos á París, un ómnibus destinado al servicio público. Apenas habíamos entrado en él, fui conocido por uno de esos jóvenes que, bajo el pretexto de haber ido al colegio

con nosotros diez años antes, os aprietan la mano y os tutean. Venía de pasar el día en el campo, con su querida, una aventurera. Nos dirigieron la palabra, y á pesar de nuestro obstinado silencio, como no estábamos más que los cuatro en el carruaje, persistieron en hacer que la conversación fuese general, y á propósito de asuntos que Marta no debía oír.

¿Qué hacer? ¿Cómo hacerles callar ó incomodarse sin caer en el ridículo? La mujer que va sola con un hombre que se sabe no se ha casado, pasa por su querida, y ésta se supone siempre que ha de pertenecer, mientras no se pruebe lo contrario, á cierta clase de mujeres delante de las cuales puede hablarse de todo. No faltaron al respeto á la que yo acompañaba, porque eso no lo hubiera yo permitido; pero hirieron profundamente á Marta, acostumbrada á otra manera de conducirse.

Estos detalles pueden parecer pueriles; tantas mujeres aceptan con gran ligereza posiciones falsas, y se acostumbran á un género de vida sin nombre en la sociedad, que no puede imaginarse cuán crueles son para ciertos espíritus delicados. Marta no se quejó, no hizo nunca alusión á aquel encuentro; pero yo me apercibí de que había recibido una herida profunda y que, para siempre, tenía en el corazón una llaga incurable: el recuerdo de una vida libre de sucesos deshonrosos.

Bien pronto los dolores de cabeza de que se quejaba, y que eran producidos por sus incessantes preocupaciones, se hicieron más violentos. Sin estar mala por completo, y sin que-

rer guardar cama, tenía frecuentes accesos de fiebre. Yo no me atrevía á dejarla sola y pasaba á su lado el tiempo que debiera consagrar á vencer la resistencia de mi tío. Eso fué lo que nos perdió.

La señora T..., á quien no se había podido ocultar más tiempo nuestra estancia en París, irritada de no verme tomar determinación alguna, tuvo la idea de escribirme para echarme en cara haber deshonrado su nombre, ordenándome que la devolviese su hija, puesto que no me casaba con ella, amenazándome, si no lo hacía, proceder contra mí por el delito de seducción y raptó de una menor.

Tal amenaza no me asustaba; pero me pareció conveniente aparentar que la daba importancia, y dirigí á mi tío la carta de la señora T... Creía yo que al ver cómo se presentaban las cosas, accedería á dar el consentimiento deseado, ó me obligaría á pasarme sin él si persistiese en su negativa; la impaciencia de la madre de Marta y el estado de ésta, no me permitían tener más calma. Me decidí, al mismo tiempo, á pedir á un protector mío, muy influyente, un destino que estaba vacante, para tener una posición independiente.

Iba á salir á emprender estos asuntos cuando me trajeron la carta de la señora T..., sobre la que mi tío se había limitado á escribir estas palabras:

¿Qué quieres probarme? ¿Que debes casarte con esa joven que tan bien ha calculado su amor, su escapatoria y su caída, y que, de acuerdo con su madre, te conduce dulcemen-

te al matrimonio, único objeto de sus ambiciosas miras! Estás en libertad de hacer esa locura; pero yo, para que ni siquiera parezca que la autorizo, no te veré más.

Marta estaba al lado mío cuando recibí la carta, se apercebió, y la alarmó, sin duda, el movimiento de cólera que no fuí dueño de contener.

Me marché al momento, decidido á no contar con mi tío para asuntos del corazón, que tan mal comprendía, y á no pedir consejos á nadie más que á mi conciencia. En tales disposiciones, el destino que deseaba me era indispensable de todo punto; y fuí tan exigente que tuve la dicha de obtenerle. Corrí al momento á llevar la noticia al amigo mío que tanto me había ayudado en este asunto. Le dije que diese cuenta á la señora T... de mi intención de casarme con su hija lo más pronto posible, y mi deseo de que Marta volviese á casa de su madre, para vivir con ella hasta el día que pudiese, legalmente ya, vivir conmigo.

Cuando después de haber estado largo tiempo indeciso, se decide uno á tomar un partido, se siente la cabeza más despejada y el espíritu más alegre; de este modo entré en mi casa, por el camino más largo, formando mil proyectos para el porvenir, y buscando la manera más delicada de dar la gran noticia á mi preciosa prometida.

Había empleado todo el día en estas diversas ocupaciones, y estaba anocheciendo cuando llegué á mi casa. Marta, que pretendía conocer el ruido de mis pasos y corría siem-

pre á esperarme en la puerta de la escalera, no estaba en su puesto habitual.

Abri y no ví á nadie; la llamé y no me respondió. Creí que sería alguna broma suya.

—Marta—dije,—es inútil que te ocultes porque no te he de buscar.

Presté atención; no oí ninguna carcajada que me respondiese. Encendí una luz y recorrí todas las habitaciones. No solamente no encontré á Marta, sino que no percibí señal alguna de su preseneia; ni un libro, ni un bordado, negligentemente tirados sobre un mueble. Abri un armario; el sombrero que ordinariamente usaba no estaba en su sitio. ¡Qué! ¡Habrá salido! ¡Y sin mí! ¡Nunca hizo eso, ni aun en Aulnay!

Ya caigo, pensé en mi interior, me estaba bordando algún bolsillo, se la habrá concluido la seda y habrá ido á comprarla.

Pero no volvía.

Bajé á preguntar á la portera; la había visto salir, una hora después de marcharme, es decir, hacia ya cuatro ó cinco horas.

No comprendía nada de aquéllo. Mil extrañas ideas cruzaron por mi espíritu; creo que hasta hubo un instante en que dudé de la fidelidad de la pobre niña.

Es imposible, me decía, subiendo la escalera, que ella no me haya escrito algunas líneas; no puede jugar de este modo con mi reposo.

Me puse á buscar por todas partes; y habiendo visto, sobre el velador de la sala, un objeto cuidadosamente envuelto, me apoderé

de él. Era el bolsillo que me estaba haciendo. A través de las mallas de seda y oro, me pareció distinguir un papel; tiré de los cordones y hallé la carta de la señora T... que me había enviado mi tío por la mañana con las anotaciones hechas por él. Marta, á su vez, había añadido lo siguiente:

Después de haber leído esta carta, un partido tan sólo debo tomar: marcharme de tu lado. Las amenazas de mi madre me asustan por tí. Adiós; piensa de vez en cuándo en nuestros bellos días de amor que pasamos en Aulnay.

Quedé anonadado, no sentía fuerzas ni aun para quejarme; sentía miedo de verme solo y abandonado. Como leí maquinalmente la carta, algunas palabras, medio borradas, que no había visto antes, no llamaron mi atención.

Me voy á casa de mi madre—decía;—estando allí, te verás libre de toda clase de persecuciones, y tu tío me juzgará mejor.

Estas líneas, escritas evidentemente, en el último momento, después de largas vacilaciones, por compasión hacia mí, me devolvieron la razón. Ya sabía dónde hallarla, para reprocharla su generosa acción, para decirle que, creyendo salvarme, por poco me mata; y por último, que no tenía derecho á disponer de sí misma, puesto que era ya mi prometida y sería muy pronto mi esposa. Recordando también que había pedido á la señora T... que su hija volviese á su casa hasta que se celebrase nuestro matrimonio, me dí cuen-